

El rey hace la fiesta.

Son las tres de la madrugada, en la iglesia de Saint-Louis-en-l'Île.

Envuelto en silencio y en sombra, el hotel de Rosen duerme con todo el peso de sus graves vetustas piedras, amontonadas por el tiempo, de sus puertas macizas y arqueadas, de antiguo llamador; detrás de los postigos cerrados, las apagadas lunas de los espejos no reflejan ya más que el sueño de los siglos, un sueño cuyas vagas ideas parecen ser las ligeras pinturas de las techumbres, y el murmurio de la cercana fuente, la respiración desigual y fugitiva.

Pero, lo que duerme mejor aún en todo este hotel es el príncipe Herberto, de vuelta ya de su círculo no há un cuarto de hora, mas, estenuado, roto, maldiciendo su haragana existencia de vividor á la fuerza, que le priva de lo que más ama en el mundo, los caballos y su mujer: los caballos, porque el rey no encuentra ningun placer en la vida activa, al aire libre, del *sportman*; su mujer, porque el rey y la reina viviendo muy léjos el uno de la otra, no viéndose sino á las horas de las comidas, el ayuda de campo y la dama de honor síguenlos respectivamente en esta equívez de vida de familia separados como dos confidentes de tra-

jedia. La princesa parte á Saint-Mandé mucho antes que despierte su marido por la noche; cuando él entra, ella duerme ya con su puerta cerrada con doble vuelta.

Y si él se lamenta, Coletta le responde majestuosamente con una sonrisilla en el rincon de todos los hoyuelos de su cara: «Debemos hacer este sacrificio en honor de nuestros príncipes.» Grandísima derrota para el enamorado Herberto, solitario en su gran cámara del principal, con cuatro metros de altura de techo sobre la cabeza, con sobre-puertas pintadas por Boucher, con altos espejos empotrados en la pared y que le devuelven su imagen en interminables perspectivas.

A veces, á pesar de todo, cuando se encuentra derrengado, como esta noche, el marido de Coletta experimenta un cierto bienestar egoísta en tenderse sobre su lecho sin explicaciones conyugales, y en recobrar sus costumbres muelles de soltero, envolviéndose la cabeza con un inmenso pañuelo de seda con el que no osaría jamás presentarse delante de su parisiense de ojos burlescos. Apenas en el lecho, en la almohada bordada, blasonada, un rampojo se abre, donde cae en profundidades de olvido y de reposo el ayuda de campo, noctámbulo y fatigado, pero de allí es arrancado de golpe por la sensación dolorosa de una luz que pasa y vuelve á pasar delante de sus ojos, de una vocicilla aguda como barrena que habla á su oído:

—Herberto... Herberto...

—¡Eh! ¿Qué?... ¿Quién está ahí?

—Pero, cállate... ¡Dios santo!... Si soy yo... es Coletta.

Es Coletta, en efecto, de pié delante del lecho con su peinador de encaje abierto en el cuello, hendido en las mangas, con los cabellos levantados y retorcidos, la nuca un nido de rizos blondos, todo esto, visto á la luz blanquecina de una pequeña linterna que hace resaltar la mirada, agrandada por una expresión solemne y súbitamente animada ante la vista de Herberto aturdido, estúpido con su pañuelo deshecho en puntas amenazantes y su cara con los bigotes erizados, saliendo de su traje de no-

BIBLIOTECA DE MONTE-
"ALFREDO REYES"
1825 MONTERREY, MEX.

che á la manera de túnica de arcángel, como la cabeza de un matamoros burgués sorprendido en un mal sueño.

Pero, la hilaridad de la princesa no es duradera. Gravemente, ha colocado su lamparilla sobre una mesa, con el ademán decidido de la mujer que viene á buscar querella; y sin tener miramiento á lo que haya de vago en el despertar del príncipe, comienza, con los brazos cruzados, y con sus dos pequeñas manos acariciándose los hoyuelos de sus codos, diciendo:

—¿Y crees que esto es vivir?... ¡Volver todos los días á las cuatro de la mañana!... ¿Es esto conveniente?... ¡Un hombre casado!...

—Pero, buena amiga mia,—é interrumpiéndose bruscamente, para quitarse el pañuelo de seda, y arrojarlo á la ventura;—no es culpa mia... Yo no pediría otra cosa mejor que volver bien pronto cerca de mi pequeña Coletta, de mi esposa querida, que yo...

Prueba, diciendo esto, de atraer un poco hácia él este nevado peinador, cuya blancura le tienta; más es secamente rechazado.

—Se trata ahora de usted, sí, en verdad... ¡Ah! sin duda. Conocen bien á usted; todos saben que es usted un grandísimo inocente, incapaz de la menor... Yo bien quisiera ver que fuera de otro modo... Mas, es el rey... ¡En su posición!... ¡Pensad, pues, en el escándalo de una situación semejante!... Aún, si estuviera libre, soltero... Es forzoso que los muchachos se diviertan... aunque, aquí, la alteza del rango, la dignidad del destierro...—(¡Oh! ved á la pequeña Coletta, enderezada sobre los altos tacones de sus chinelas, para hablar de la dignidad del destierro.)—Pero, en fin, está casado. Y yo no comprendo que la reina... ¡No tiene nada en las venas esa mujer!

—¡Coletta!

—Sí, sí; yo sé... usted es como su padre. Todo lo que hace la reina... Pues bien; para mí ella es tan culpable como él... Ella es quien le ha arrastrado hasta ahí por su frialdad, por su indiferencia...

—La reina no es fría. Es noble.

—Vamos, ya. ¿Es que una no es noble cuando ama?... Si le amase, la primera noche que pasó fuera hubiese sido la última... Se habla, se amenaza, se demuestra. No se tiene esa cobardía del silencio, delante de las faltas que asesinan... Además, ahora el rey pasa todas las noches en el boulevard, en el círculo, en casa del príncipe de Axel, en compañía de... Dios sabe quién...

—¡Coletta!... ¡Coletta!...

Sí, detened á Coletta cuando ha partido, con su palabra fácil como toda burguesa educada en este París excitante, donde hasta las muñecas hablan solas.

—Esta mujer no ama nada, yo soy quien lo digo, ni aún á su hijo... De lo contrario, ¿lo hubiera confiado á ese salvaje?...

¡Ambos le estenuan, al pobre pequeño, á fuerza de trabajo!... Parece que en la noche, cuando duerme, recita latín, un montón de cosas... la marquesa es quien me lo ha dicho... La reina no falta á una lección... Los dos están contra este niño... ¡Para que llegue á reinar!... Pero si le habrán matado antes... ¡Oh! guardaos á vuestro Meraut, le detesto.

—No obstante, es un buen muchacho...

Hubiera podido causarme un disgusto con la historia del libro... mas, no ha dicho ni una palabra...

—¡Verdaderamente!... Ahora bien: yo le aseguro á usted que cuando se os felicita delante de la reina, ésta adopta una extraña sonrisa al miraros. Pero, es usted tan tonto, mi pobre Herberto...

Al aspecto enfadado de su marido, tornado súbitamente rojo, con la boca hinchada por un puchero de niño, la princesa temió haber ido demasiado lejos, y no poder obtener lo que ella había venido á buscar. Pero, ¡qué medio de conservar el rigor con esta linda mujer sentada en el borde del lecho, con la cabeza medio vuelta por un movimiento lleno de coquetería, que permitía valuar el talle j6ven y libre bajo los encajes, la lisa redondez del cuello y el ojo provocante y maligno entre las pestañas!

La bonachona fisonomía del príncipe, tornóse pronto amable, y comenzó aún á animarse de un modo extraordinario al suave contacto de la pequeña mano que se le abandonaba, y al fino perfume de mujer amada... ¡Ah! ¿qué es lo que quiere saber la pequeña Coletta?... Muy poca cosa... un simple informe... ¿El rey tiene, sí ó no, queridas?... ¿Es la pasión del juego quien le arrebató, ó solamente el gusto del placer, de las distracciones violentas?... El ayuda de campo titubeaba antes de responder. Compañero, en todos los campos de batalla, teme al contar lo que sabe, vender el secreto profesional. Sin embargo, esta pequeña mano esta pequeña mano está tan cálida, tan curiosa, que el ayuda de campo de Christian II no pudo resistir más.

—Pues, bien, sí: el rey tiene á estas fechas una querida,—dijo.

En su mano, la pequeña mano de Coletta se puso húmeda y fría.

—Y ¿quién es esa querida?—preguntó la jóven, con voz breve, jadeante.

—Una actriz de los Bufos... Amy Yerat.

Coletta conoce bien á esta Amy Yerat, ella la encuentra hasta atrozmente fea.

—¡Oh!—dijo Herberto á manera de excusa.—su majestad no la tendrá mucho tiempo.

Y Coletta, con una satisfaccion evidente, preguntó:

—¿De veras?

A esto, Herberto, maravillado de su buen éxito, se aventuró hasta á tocar un lazo de raso que volteaba en la descotadura del peinador, y continuó en un tonillo ligero.

—Sí, temo que el día ménos pensado, la pobre Amy Ferat recibirá su tití.

—¿Un tití?... ¿Cómo es eso?

—Sí, he notado, y todos los que como yo ven al rey de cerca, saben que cuando unas relaciones empiezan á cansarle, envía

uno de sus titís P. P. C.... Un modo suyo de despedir á la que ha dejado de amar.

—¡Oh, pero es cierto!—exclamó la princesa indignada.

—Es la pura verdad... En el gran club no se dice ya dejar una querida, sido enviarle un mico.

Detúvose entrecortado al ver á la princesa levantarse bruscamente, tomar su linterna y alejarse de la alcoba con determinada direccion.

—¡Y bien!... pero Coletta!... ¡Coletta!...

Ella se volvió despreciativa, sofocada:

—¡Oh!—dijo,—ya sé lo suficiente de vuestras villanas aventuras... Esta me repugna hasta lo infinito.

Y levantando el tapiz, deja al infortunado rey de la goma, estúpido, con los brazos estendidos y el corazón inflamado ignorando la causa de esta visita á deshora y de esta partida de huracan.

Con el paso rápido de una salida de escena, la cola flotante de su peinador cogida y arrebuada bajo su brazo, Coletta vuelve á su cámara situada en el extremo del hotel.

Sobre la ancha silla, en un cogen de brocado oriental, duerme la más linda bestiecilla del mundo, gris, sedosa, con los pelos como plumas, una larga cola enroscada y un cascabel de plata anudado en torno del cuello en una cinta rosa. Es un delicioso tití que el rey le habia enviado hacia algunos días en una cesta de paja italiana y cuyo homenaje habia recibido ella con gran reconocimiento. ¡Ah! ¡Si hubiese sabido la significacion del presente! Furiosa empuñó la bestezuela, aquel paquete de seda viviente y con uñas, donde brillan, despertados con sobresalto, dos ojos humanos, y abriendo la ventana que dá á la calle, con un gesto feroz, exclama:

—¡Toma!... ¡súcia bestia!

El pequeño mono fué á rodar sobre el rebate de la puerta; pero no es solo él quien desaparece y muere en medio de la noche, sino tambien los sueños, frágiles y caprichosos como él, de aque-

lla pobre criatura que se arroja sobre su lecho, oculta su cabeza en la almohada y solloza amargamente.

Sus amores habian durado cerca de un año; la eternidad para este niño, es la de la mariposa. El no habia tenido que hacer sino una señal. Deslumbrada, fascinada, Coletta de Rosen habia caido en sus brazos, ella que hasta entonces se habia conservado mujer, honesta no por amar á su marido ó por virtud, sino porque habia en esta cabecilla de pájaro un cuidado de la nitidez del plumaje que le habia preservado de las caidas que ensucian, y luego porque era verdaderamente francesa, de esta raza de mujeres que Molière, mucho antes que los fisiólogos modernos, declaró sin temperamento y dotadas sólo de imaginación y de vanidad.

No fué á Christian, sino al rey de Iliria, á quien se entregó la pequeña Sauvadon él se sacrificó á la diadema ideal que á través de las leyendas, de las lecturas fútiles y novelescas, veía como una auréola por cima del tipo egoísta y apasionado de su amante. Ella le agradó, en tanto que él no vió en ella más que un juguete nuevo y finamente pintado, un juguete parisien que debía iniciarle en distracciones más vivas. Pero ella tuvo el mal gusto de tomar por lo sério su situación de «querida del rey.» Todas las figuras de mujeres semi-históricas, todo el *straos* de la corona más brillante que las joyas verdaderas, fulguraban en sus sueños de ambición, no consentía en ser la Dubarry, sino la Chateauroux de este Luis XV acosado. Y la reconquista de la Iliria, las conspiraciones que ella hubiese dirigido con la punta de su abanico, los golpes de mano, los desembarques heroicos llegarían á ser el asunto de todas sus conversaciones con el rey. Véase ya sublevando al país, ocultándose entre las mieses y los cercados como una de esas famosas bandoleras de Vendee, cuyas aventuras le hicieron leer en el convento del Sagrado Corazon. Hasta habia imaginado un vestido de paje,—porque el traje jugaba siempre el primer papel en sus invenciones,—un lindo pajecillo de renuevo que le facilitara

las entrevistas á todas horas con el rey y su perpétuo acompañamiento. Christian no gustaba mucho de estos sueños exaltados; mostrábale su espíritu de seguida el lado falso y negativo de las cosas. Despues, él no tomaba una querida para conversar sobre política, y cuando la tenia sobre sus rodillas, en el desórden y en el abandono del amor, su pequeña Coletta, de blandas patitas y de hociquillo rosáceo, las referencias de las recientes revoluciones de la Dieta de Leybac ó el efecto del último pasquin realista, hubieran despertado en su corazon ese estremecimiento que causa un cambio brusco de temperatura, ó las heladas de Abril sobre la florescencia de un verjel.

Desde tal punto le sobrevinieron los escrúpulos y los remordimientos complicados y cándidos de un eslavo y de un católico. Satisfecho su capricho comenzaba á conocer lo odioso de estas relaciones tan cerca de la reina, casi bajo sus ojos, y el peligro de estas citas furtivas, rápidas en los hoteles, donde su incógnito podia ser vendido, y la crueldad que habia en engañar un sér tan bueno como el pobre diablo de Herberto, que hablaba de su mujer con una ternura siempre insaciada, y que no se imaginaba cuando el rey venia á reunírsele en el círculo, con los ojos brillantes y el color encendido, y con un olor de buena fortuna que salia de los brazos de Coletta. Pero lo más embarazoso aún, era el duque de Rosen, muy desconfiado de los principios de esta nuera que no era de su casta, é inquieto por su hijo, en el cual encontraba una cabeza de «cornudo», él decia la palabra en toda su crudeza, como buen veterano, y sintiéndose responsable de todo porque su avaricia habia hecho este matrimonio plebeyo, vigilaba á Coletta, la conducia, la volvía por la mañana y por la noche, y la hubiese seguido siempre si la sutil criatura no se hubiese deslizado sin cesar á través de sus dedos rudos. Habia entre ellos una lucha silenciosa. Desde la ventana de la intendencia, el duque, veía, no sin despecho, á su linda nuera con los trajes deliciosos que combinaba con su sastre, apoltronarse en el carruaje, toda amoratada, tras el vaho de los

cristales, si hacia frio, ó al abrigo de su sombrilla á franjas, en los días de sol.

—¿Vas á salir?

—A servicio de la reina,—respondia triunfalmente detrás de el velo la pequeña Sauvadon,—y esta era la verdad. Federica se mezclaba bien poco en el ruido de París, y dejaba voluntariamente todas sus comisiones á su dama de honor, pues no habia comprendido nunca la vanidad de dar en casa del abastecedor en boga, su nombre y su título de reina en medio del personal prosternado y de la curiosidad inquisitiva de las mujeres allí presentes. Además faltábale la popularidad mundana. No se discutia jamás en un salon acerca del matiz de sus cabellos ó de sus ojos, ni sobre la majestad un poco rígida de su talle y de su manera desembarazada de llevar las modas parisienses.

Un dia, por la mañana, el duque habia encontrado á Coletta á su partida de Saint-Mandé, tan voluntariamente seria, con una exaltacion tan marcada de su tipo de griseta, que, por instinto, sin saberlo,—los verdaderos cazadores tienen estas inspiraciones repentinas—se puso á seguirla por largo espacio, hasta un famoso restaurant del muelle de Orsay. A fuerza de imaginacion y de astúcia, la princesa habia podido dispensarse de la ceremoniosa comida en la mesa de la reina, y venia á desayunarse con su amante en gabinete particular. Comian delante de una ventana, muy baja, que cortaba una espléndida vista: el Sena, dorado por el sol, las Tullerías detrás, como masa de piedra y de árboles, é inmediatos los mástiles cruzados de la fragata-escuela, en medio de las sombrosas verduras de los brocados del muelle, que los ópticos esmaltan con trozos de vidrio azul. Hacía un tiempo como para citas; la tibieza de un hermoso dia, atravesado por penetrantes brisas. Jamás Coletta habia reido de tan buena gana: la risa era el triunfo perlino de su gracia, y Christian, que la adoraba, cuando ella queria permanecer siendo la mujer alegre que él amaba en ella, saboreaba el fino desayuno en compañía de su querida. De re-

rente, ella apercibió sobre la acera á su suegro, paseando de cabo á cabo con mesurados pasos, y como decidido á la más larga espera; una verdadera guardia montada á la puerta que el viejo sabia que era la única salida del restaurant, y en donde espiaba la entrada de los guapos oficiales coloradotes y tiesos, venidos del cuartel de caballería inmediato; porque en su calidad de antiguo general de panduros, creia irresistible el arma, y no dudaba un punto que su nuera no tuviese alguna intriga de espuelas y de chafarote.

Grande fué la ansiedad de Coletta y del rey, y recordaba el embarazo del sábio aquel suspenso de una palmera al pié de la cual bostezaba un cocodrilo. Seguros de la discrecion, de la incorruptibilidad del personal, ellos al ménos sabian que el cocodrilo no subiria. Pero, ¿cómo salir de allí? El rey, vaya... tenia tiempo para cansar la paciencia del animal. Pero, ¡Coletta! La reina la esperaria, y quizás añadiria sus sospechas á las del viejo Rosen. El dueño del establecimiento, á quien Christian hizo subir y puso en autos de lo que pasaba, caviló mucho, no encontrando otro medio que agujerear la pared de la vecina casa como en tiempos de revolucion; pero despues avínole la idea de un expediente mucho más sencillo. La primera tomaría los vestidos de un marmiton, y su bata y sus enaguas dobladas en un cesto, que llevaría sobre la cabeza, se la vestiría de nuevo en casa de la señora del mostrador que habitaba en una calle inmediata. Coletta se opuso mucho en un principio: ¡marmiton delante del rey! Fué preciso, sin embargo, bajo pena de mayores catástrofes; y el traje fresco, prestado de un muchacho de catorce años, hizo de la princesa de Rosen oriunda de Sauvadon, el más lindo, el más coqueton de los marmitones que corren por París á las horas de las comidas. Pero, ¡cuán léjos de esta *baretta* de tela blanca, de estos escarpines de niño en los que su pié danzaba, de esta chaqueta en cuyos bolsillos sonaban los cuartos de las propinas, el traje de paje heróico, con el puñal de mango de nacar y botas de montar que ella ambicionaba para seguir á su Lara!...

El duque vió pasar sin desconfianza á dos marmitones, con el cesto sobre su cabeza, rodeados de un sabroso perfume de pasta caliente que le hizo sentir cruelmente los primeros tiros del hambre — ¡el pobre hombre estaba en ayunas! — En lo alto, el rey prisionero, más desembarazado de un grave cuidado, leía, bebía su *roderer*, mirando de vez en cuando por un rincón de la cortina si aún permanecía allí el cocodrilo.

Por la noche, cuando volvió á Saint-Mandé, el viejo Rosen fué recibido con la sonrisa más ingénuá de la princesa. Comprendió que habia sido engañado y no dijo ni una palabra acerca de la aventura. Ella se alarmó no obstante. ¡Quién sabe por qué rendijas de salón ó de antecámara; por qué puertecilla de cristales bajada de un cupé, por qué eco reflejado por el sordo muro á las mudas puertas se difunde por París un rumor escandaloso hasta que llega á la luz, es decir, á la primer página de una hoja mundana, y desde allí habla á la multitud, penetra en millares de oídos, y se convierte, por último, en ludibrio público después de haber sido la anécdota divertida de un círculo! Por espacio de ocho días todo París se regocijó con la historia del pequeño marmitón. Los nombres, cuchicheados fueron tan bajo como era posible, para que tan grandes nombres no atravesaran la espesa epidermis de Herberto. Pero la reina tuvo alguna sospecha de la aventura, porque ella que, de una temible explicación que ellos habian tenido en Leybach, no hacía jamás reproche al rey acerca de su conducta, le llevó aparte algún tiempo después de esto, un día, conforme salieron de la mesa:

— Se habla mucho — dijo gravemente, sin mirarle, — de una historia escandalosa en que se encuentra mezclado vuestro nombre... ¡Oh! no os defendais... No quiero ya escuchar nada... solamente, pensad en aquello de que sois el guarda. (Y le mostraba la corona de irradiaciones veladas en su caja de cristal.) Procurad que no la alcancen la vergüenza ni el ridículo... Es menester que vuestro hijo pueda llevarla.

¿Conocía á fondo la aventura? ¿Ponia el verdadero nom-

bre sobre la cara de mujer enmascarada á medias por la maledicencia? Federica era tan fuerte, tan dueña de sí misma, como nadie hubiera podido decirlo en sus circunstancias. Pero, Christian se tuvo por advertido, y su terror á las escenas, á las historias, y la necesidad para esta naturaleza endeble de encontrar alrededor de sí sonrisas respondiendo al perpétuo sonreír de su abandono, le determinaron á sacar de la jaula de titís, el más lindo, el más mono de todos, para ofrecérselo á la princesa Colletta. Ésta escribió, pero él no respondió: no quiso comprender ni sus suspiros, ni sus actitudes de dolor, y continuó hablándola con la política lijera que las mujeres amaban en él, y deslastrado de este remordimiento que sentía más pesado á medida que disminuía su capricho, no hallando ya á sus alcances este afecto, de otro modo tiránico que el de su esposa, se lanzó, con la brida suelta, al placer, no pensando ya, hablando el terrible lenguaje, superficial y monótono, de los holgazanes, más que en «hacer la fiesta.» Aquel año, esta era la palabra á la moda en los clubs. Sin duda que hay otra ahora. Las palabras cambian; pero lo que queda inmóvil y uniforme son los restaurants famosos en que el sucedido ocurre; los salones de oro y de flores, donde las muchachas se invitan y se reciben, enervante vanalidad del placer, degradándose hasta la orgía sin poder renovarse; lo que no cambia es la clásica necesidad de este montón de gentes de mal vivir, el *clichè* de su jerga y de su risa, sin que una gracia se deslize en este mundo que tiene tanto de vulgar, como el otro de convencional, bajo sus apariencias de locura; es el desórden arreglado, el capricho en programa, sobre el enojo que bosteza derrengado.

El rey, á lo ménos, hacía la fiesta con la precipitación de un muchacho de veinte años. Llevábale allí aquella especie de escapatoria que le habia arrastrado á Mabilie desde la primera noche de su llegada, satisfaciendo allí también sus deseos, aguzados por espacio de mucho tiempo, y desde léjos, por la lectura de ciertos diarios parisienses que dan cada día el plato apetitoso

de la vida galante, y por medio de piezas teatrales y de novelas que la refieren y la idealizan para la provincia y el extranjero. Sus relaciones con Madama de Rosen le detenían algún tiempo sobre la pendiente del placer fácil, semejante á las escalerillas de los restaurants de noche, inundadas de luz, bien tapizados arriba, bajadas grada á grada por la embriaguez incipiente, tornadas más rápidas en lo bajo por el aire vivo de las puertas abiertas, y que llevan derecho al medio del arroyo, á las vagas horas de los barrenderos y los mozos de cordel. Christian se abandonaría ahora en este discurso, en esta caída, y lo que le envalentonaba, le emborrachaba más que los vinos de postres, era la pequeña corte, el *clan* de que se rodeaba: gentiles-hombres desbancados, á la mira de intrigas reales; periodistas vividores, cuyo *reportaje* pagado le distraía, y que, orgullosos de esta intimidad con el ilustre desterrado, le conducían á las galerías de teatros, donde las mujeres no tenían ojos más que para él: demudadas y provocantes, con el arrebol en ruborosa confusión, sobre sus mejillas embadurnadas. A la carrera por los largos boulevares, con sus muecas, su exageración, sus debilidades, decía como un perfecto gomoso: «*Chic*, mucho *chic*... Esto es apuesto... Retuercen á uno...» Pero decíalo ménos vulgarmente, gracias á su acento extranjero, que relevaba á la jerga, dándole sus puntas y ribetes de bohemio. Había una palabra á que le tenía afecto: «*Rígolo*.» Servíase de ella á propósito de todo, para apreciar todas las cosas. Las piezas teatrales, novelas, acontecimientos públicos ó particulares, eran ó no eran *rígolo*. Esto dispensaba á Monseñor de todo razonamiento. Al final de una comida, Amy Yerat, en medio de la embriaguez, y á quien placía esta palabra, le gritó una noche: —¡Hola! ¡Dí, tú, *Rígolo*!...

Agradóle esta familiaridad. Aquella mujer, por lo ménos, no le trataba como rey; la hizo su querida, y mucho despues que sus relaciones con la actriz en boga hubiesen concluido, el sobrenombre se le quedó, como el de «Cola de Gallina,» dado al príncipe de Axel, sin que se hubiese sabido jamás la causa.

Rígolo y Cola de Gallina formaban una pareja de amigos, sin separarse nunca, yendo á todas las cacerías juntos, uniéndose hasta en los *boudoirs* sus destinos, casi semejantes, constituyendo la desgracia del príncipe hereditario, su verdadero destierro. Él lo pasaba mejor: por espacio de diez años «hacia la fiesta» en todas las tabernas del boulevard, con el humor de un saca-muertos. El rey de Iliria tenía su departamento en el hotel de Axel, en los Campos Eliseos: Allí durmió, primero algunas veces, bien pronto con tanta frecuencia como en Saint-Mandé. Estas ausencias explicadas, motivadas, en la apariencia, dejaban á la reina perfectamente tranquila, pero arrojaban á la princesa en un negro sentimiento. Sin duda quedaba á su orgullo malparado la esperanza de recobrar este corazón voluble.

Con tal fin empleaba mil coquetas invenciones, adornos, tocados nuevos, combinaciones de corte y de matices, concordándose con los tornasoles de su belleza. ¡Y qué desencanto, cuando la noche venía, daban las siete y el rey no parecía, y Federica, imperturbablemente serena, despues de haber dicho: «Su Majestad no come hoy aquí,» hacia colocar en el lugar de honor la silla alta del pequeño Zara! La nerviosa Coletta, obligada á callarse, á sepultar su despecho, hubiera deseado una explosión de la reina que las hubiese vengado á entrambas; pero, Federica, apenas un poco más pálida, guardaba su calma soberana, aun cuando la princesa, con más cruel destreza femenil, con insinuaciones deslizadas entre cuero y carne, probaba á hacerle algunas revelaciones acerca de los clubs de París, lo grosero de las conversaciones entre hombres, las distracciones aún más groseras, donde el desarreglo de las horas, la deshabitud del hogar entretenían á estos señores, y las partidas disparatadas, las fortunas crujiendo en castillos de cartas sobre las mesas de juego, las apuestas excéntricas consignadas en un libro especial, curioso de hojear, libro de oro de la aberración humana. Pero, por más que hacia, la reina no prestaba atención á este hostigamiento de picaduras, no lo comprendía ó no quería comprenderlo.

Una vez sola, se vendió no obstante una mañana en el bosque de Saint-Mandé, durante un paseo á caballo.

Hacia un frio leve pero ágrío del mes de Marzo, el cual, encrespando todo el agua del lago, la fruncia hácia los bordes aún rígidos y sin flores. Algunos retoños apuntaban sobre los tallos despojados que guardaban aún algunas rojas bayas de invierno; y los caballos, enfilando uno al lado de otro el sendero relleno de ramas muertas, las hacían crujir con un ruido lujoso de suelas nuevas y de barbas sacudidas en el silencio desierto del bosque. Las dos mujeres, tan buenas amazonas la una como la otra, avanzaban directamente, absortas ante este camino de una extensión intermediaria en que se prepara la renovación en el cielo, cargado de lluvia, y la tierra negra de las últimas heladas. Coletta no obstante, como siempre que se quedaba á solas con la reina, atrajo bien pronto su asunto favorito. No osaba atacar directamente al rey, sino que se acercaba alrededor, á los gentiles-hombres del Gran-Club, que ella conocía todos por Herberto, por la crónica parisiense, y á quienes cortó buen sayo, sobre todo al príncipe de Axel. Verdaderamente no comprendía que formasen su sociedad con un hombre semejante, que pasaba su vida en el juego, no agradándole más que las malas compañías, por la noche sentado en el boulevard al lado de alguna figura, deteniéndose á beber como un cochero con el primero que llegaba, y tuteando á comediantes de baja estofa. ¡Y decir que era un príncipe heredero aquel! Encontraba, pues, placer en degradar, en manchar la dignidad real en su persona.

Ella marchaba, marchaba con fuego, montada en cólera, mientras que la reina, expresamente distraída, con los ojos vagos, acariciaba el cuello de su béstia, cuyo andar apresuraba un poco como para escapar á las historias de su dama de honor. Pero Coletta se puso al mismo paso.

—Por lo demás, tiene á quien imitar este príncipe de Axel. La conducta de su tío vale tanto como la suya. Un rey que alista sus queridas con esta imprudencia delante de su córte,

delante de su mujer... Preguntan qué naturaleza de esclava sacrificada puede tener una reina que soporta semejantes ultrajes.

Esta vez hirió el golpe. Federica, convulsa, con los ojos anublados, dejó aparecer sobre sus facciones, sumidas en un segundo de tal modo, una expresión tan dolorosa, que Coletta se sintió conmovida al ver descender al nivel del sufrimiento femenino la valerosa soberana, cuyo corazón jamás había podido conquistar. Pero esta recobró bien pronto todo su valor.

—De la que usted habla es una reina,—dijo vivamente,—y sería una gran injusticia juzgarla como á las demás mujeres. Las otras mujeres pueden ser dichas ó desgraciadas abiertamente, llorar todas sus lágrimas y gritar si el dolor es demasiado fuerte. ¡Pero las reinas!... Dolores de esposas, dolores de madres, todo les es forzoso ocultar, devararlo todo... ¿Puede acaso una reina enfadarse cuando ha sido ultrajada? ¿Puede divorciarse, dar esta alegría á los enemigos del trono?... No, á riesgo de parecer cruel, ciega, indiferente; es menester conservar la frente siempre alta, á fin de sostener en ella la corona. Y no es el orgullo, sino el sentimiento de nuestra grandeza quien nos sostiene. El es quien nos hace salir en carruaje descubierta entre el hijo y el esposo, con la amenaza en el aire de los disparos de una conspiración; él quien nos hace ménos pesado el destierro y su cielo de cieno; él, en fin, quien nos presta fuerza para sufrir ciertas crueles afrentas, de las que usted debiera ser la última en hablarme, princesa de Rosen.

El discurso la animaba, la precipitaba hácia el fin: después azuzó su caballo con un «hep» vigoroso, que le lanzó á través de los bosques como un huracán, en el aturdimiento de una carrera loca en la que crujían el velo blanco de su amazona y los pliegues de su falda de paño.

Desde entonces, Coletta dejó á la reina tranquila; pero como era necesaria á sus nervios una distracción, un desahogo, volvió su cólera, sus justas quisquillosas sobre Eliseo, y se puso definitivamente del partido de la marquesa, porque la casa real

estaba dividida en dos campos. Eliseo no tenía casi de su lado más que el padre Alfeo, cuyo hablar rudo, cuyo pujavante siempre presto, eran de un gran socorro en las ocasiones; pero, el monje hacia á Iliria frecuentes viajes, cargado de misiones entre la casa-madre de la calle de los Hornos y los conventos franciscanos de Zara y de Ragusa. Al ménos, este era el pretexto de sus ausencias efectuadas en medio del mayor misterio, y de las que regresaba siempre más ardiente, trepando por la escalera á pasos grandes y furiosos, con el rosario arrollado en los dedos y una oración en los dientes que masticaba como una bala. Encerrábase largo tiempo con la reina, luego, se volvía á poner en camino, dejando todo el partido de la marquesa coligado libremente contra el preceptor. Desde el viejo duque, á quien el porte descuidado y la enmarañada cabellera de Meraut chocaban en sus hábitos de disciplina militar y mundana, hasta Lebeau el camarero, enemigo por instinto de toda independencía, hasta el más humilde palafrenero ó mozo de cocina cortesano de Lebeau, hasta el inofensivo Boscovich, que hacia lo que los demás por cobardía, por respeto al número, todos en fin habian formado en torno del nuevo maestro una verdadera coalición. Esta se traducía ménos por actos que por palabras, por miradas, por actitudes, en estas pequeñas nerviosas escaramuzas que ocasiona la vida comun entre gentes que se detestan. ¡Oh, qué actitudes tan especiales la de madama de Silvis! Desdeñosa, altiva, irónica, amarga, ella representaba como con cabeza de expresión frente á Eliseo, aplicándose sobre todo á halagar con una especie de piedad respetuosa, con suspiros ahogados, con miradas al techo, siempre que se encontraba con el príncipe: «Vos no sufrís, señor mio.» Y le palpaba con sus largos dedos flacos, enlanguideciéndole con caricias temblorosas. Entonces la reina, con una voz jovial; decía:

- Vamos, pues, marquesa, hareis creer á Zara que está malo.
- Yo le encuentro las manos y la frente un poco calientes.
- Viene de fuera... el aire vivo...

Y se llevaba al niño, algo turbada por las observaciones repetidas á su lado, á la fábula de la casa, en que se le hacia trabajar demasiado al señor, fábula que la domesticidad parisien repetía sin creer en ella; pero tomado en sério por los criados traídos de Iliria, la gran Petteha y el viejo Greb, que lanzaba á Meraut miradas aviesas, y le hostigaban con esa antipatía mezquina de la servidumbre, tan fácil de ejecutar contra los dependientes y los distraídos... volvió á encontrar las persecuciones, las pequeñeces, las envidias del palacio de X... el mismo graznido de almas, arrastrándose alrededor de los trones, y de las que el destierro y la caída no la desembarazan, segun parece. Su natural, demasiado generoso, demasiado afectuoso para no sufrir estas antipatías resistentes, experimentaba una tortura conforme sus maneras sencillas y familiares, y sus costumbres de artista bohemio, se estrechaban, en el ceremonial forzado de la casa, en las comidas, iluminadas con altos candelabros, donde los hombres, siempre de uniforme, y las mujeres desotadas, alrededor de la mesa agrandada por la esquividad de los convidados, no hablaban, no comían, sino despues que el rey y la reina habian comido y hablado, dominados ellos mismos por la etiqueta implacable, por la que el jefe de la casa civil y militar vigilaba la observancia con tanto más vigor cuanto más se iba prolongando el destierro. Sucedia, no obstante, que el viejo estudiante de la calle de *Monsieur-le-Prince* se sentaba á la mesa con corbata de color, hablaba sin permiso, y se lanzaba á libre rienda, en una de aquellas improvisaciones elocuentes que las paredes del café Voltaire recordaban aún. Entonces, las miradas fulgurantes que hacía sí atraía, la importancia que tomaba la menor infracción á los reglamentos de la pequeña corte la causaban un ánsia inmensa de dejarlo todo y volverse bien pronto á su barrio, como ya habia hecho más de una vez.

Sólo la reina le retenía allí.

A vivir siempre en la intimidad de Federica, y el niño enemigo de ellos, se hubiera tomado por ella una abnegación

fantástica, un respeto, una admiración y una fe supersticiosa. Ella resumía, simbolizaba á sus ojos toda la creencia y el ideal monárquicos como para un aldeano del Transtevere la Madona es toda la religión. La reina era quien le detenía, quien le prestaba el valor de llevar hasta el fin su ruda tarea. ¡Oh! ¡sí, bien ruda, bien necesitada de paciencia! ¡Qué dificultades para hacer entrar la menor cosa en aquella pequeña cabeza de hijo de rey! Estaba, por otra parte, encantador, el pobre Zara, dulce y bueno. No faltábale ciertamente voluntad. Adivinábase en él el alma seria y recta de su madre con yo no sé qué de ligero, de arrebatado, de más joven que lo que requería su edad. Su talento estaba visiblemente retardado en este cuerpecillo envejecido, agarrotado, al cual no agradaban los juegos, y sí una larga somnolencia galopante hacía la estolidez. Mecido durante sus primeros años —que no habían sido para él sino una larga convalecencia— por las sonajas fantásticas de su institutriz, la vida que empezaba á columbrar heríale solamente por las analogías con sus cuentos en que las hadas, los buenos géneos se mezclaban á los reyes y las reinas para sacarlos de las torres malditas y de los escondites, librándolos de las persecuciones y de los lazos con un golpe de su mágica varita dorada, recorriendo los muros de cristal, los bardarles de espinas, los dragones que lanzan fuego y las viejas que los truecan en animales.

En la lección en medio de una explicación difícil que se le daba. «Eso es como en la historia del sastrecillo» decía: ó si leía la narración de una gran batalla. «El gigante Robistor lo hubiera matado mejor.» Este sentimiento de lo sobrenatural tan fuertemente desarrollado en él, era quien le daba su expresión distraída, y quien le hacía permanecer horas enteras inmóvil en los cojines de su canapé, guardando en el fondo de sus ojos la fantasmagoría cambiadora y flotante, el deslumbramiento de falsa luz de un niño que sale de *Rothomago*, con la fábula del drama desarrollado en un recuerdo en maravillosos cuadros prismáticos.

Y esto era lo que le volvía difíciles el razonamiento y el estudio grave que se deseaba obtener de él.

La reina asistía á todas las lecciones siempre con los dedos sobre su bordado, que nada adelantaba, y en su hermosa mirada esa atención tan preciosa para un maestro, que la sentía vibrante á todas sus ideas, aun en aquellas que no expresaba. Era por esto por lo que se comprendían, por los sueños, por las quimeras, por eso que flota por cima de las convicciones y las desparrama. Ella le había tomado por consejero, por confidente, afectando no hablarle sino en nombre del rey.

—Señor Meraut,—decía,—su majestad desearía saber vuestra opinión acerca de esto.

Mas era grande el asombro de Meraut al no oír jamás al rey hablarle él mismo de aquellas cuestiones que le interesaban tanto. Christian II le trataba con ciertos miramientos y le hablaba en un tono de compañerismo familiar, excelente, pero bien fútil. Algunas veces, al cruzar el gabinete de estudio, se detenía un instante para escuchar la lección, y luego, apoyando la mano sobre la espalda del delfín,

—No le empuje usted demasiado,—decía á media voz como un eco del ruido subalterno de la casa,—usted no querrá hacer de él un sabio...

—Quiere hacerle un rey,—respondía Federica con bravura.

Y á un gesto de desaliento de su marido.

—¿No deberá acaso reinar un día?

Entonces él:

—Ya, sí... sí...

Y despues de un profundo saludo, cerraba la puerta para cortar más pronto toda discusión, oyéndosele tararear un aire de opereta en boga: «*El reinará... él reinará... porque es español.*» En suma, Eliseo no sabía á qué atenerse con respecto á este príncipe afable, superficial, perfumado, coqueton, lleno de caprichos, echado á veces sobre los divanes con fatigas de enervamiento, y que él creía era el héroe de Ragusa, el rey

de enérgica voluntad y de bravura cuyas hazañas refería en su *Memorial*. Por tanto, aunque la destreza de Federica en enmascarar el vacío de esta frente coronada, y aun cuando ella se sustrajera detrás de él continuamente, alguna circunstancia imprevista se presentaba siempre donde sus verdaderas naturalezas aparecían.

Una mañana, después del desayuno, como acabasen de pasar al salón, Federica, abriendo los diarios, al ver el correo de Iliria, que era siempre la primera en leer, lanzó una exclamación tan fuerte y tan dolorosa, que el rey, próximo á salir, se detuvo, y todos agrupáronse en el instante en torno de la reina. Esta pasó el diario á manos de Boscovich.

—Lea usted,—dijo:

Era el extracto de una sesión de la Dieta de Leybach y la resolución que se acababa de tomar, de devolver á los soberanos desterrados todos los bienes de la corona, más de doscientos millones, con la condición expresa...

—¡Bravo!—prorrumpió la voz gangosa de Christian,—eso marcha bien...

—Continúe usted,—dijo la reina severamente.

—...Con la condición expresa de que Christian II renunciará para él y todos sus descendientes, al trono de Iliria.

Hubo en la sala una explosión de indignación.

El viejo Rosen se ahogaba; las mejillas del padre Alfeo tomaron una blancura de lienzo que hacía más negra su barba y sus ojos.

—Es menester responder... no quedar bajo este golpe;—dijo la reina, buscando en su indignación á Meraut, que, desde hacía un momento, tomaba notas con su lápiz, febril en el extremo de la mesa.

—Hé aquí lo que yo escribiría,—dijo adelantándose, y leyó, bajo la forma de una carta á un diputado realista, una valiente proclama al pueblo iliriense, en la cual, después de haber rechazado la ultrajante proposición que se había hecho, el rey afir-

maba, alentaba á sus amigos, con el acento conmovedor de un jefe de familia alejado de sus hijos.

La reina, entusiasmada, batió palmas, cogió el papel, y se lo dió á Boscovich.

—Pronto, pronto,—dijo,—tradúcidlo y hacedlo partir... ¿No es esta tu opinión?—añadió, acordándose que estaba allí Christian, y que todos le miraban.

—Sin duda... sin duda...—dijo el rey muy perplejo, royendo sus uñas con furor.—Todo eso es muy hermoso... solamente que... convendría saber si nos podremos mantener...

Ella se revolvió, brusca y muy pálida, como herida de un fuerte porrazo entre las dos espaldas, y dijo:

—¡Mantener! ¡Si nos podremos mantener!... ¿El rey es quien habla?

Este, muy tranquilo, replicó:

—Cuando en Ragusa llegó á faltar el pan, con la mejor voluntad del mundo tuvimos que rendirnos.

—Pues bien; esta vez, si el pan falta, tomaremos el zurrón é iremos de puerta en puerta... pero, la majestad real no se rendirá!

¡Qué escena, en este estrecho salón del circuito de París, presentaba este debate entre dos príncipes caídos, uno que se sentía fatigado de la lucha, con las piernas cortadas por su falta de creencia, la otra exaltada por el ardor y la fé; y cómo con sólo verlas se revelaban bien estas dos naturalezas! El rey, delgado, fino, con el cuello desnudo, las ropas sueltas, toda su molición visible en la afeminación de las manos caídas y pálidas, en las rizaduras ligeramente humedecidas de su frente blanca; ella, esbelta y soberbia con amazona de grandes vueltas, un pequeño cuello derecho, y unos sencillos manguitos bordando solamente el luto de su vestido sobre el cual se destacaba su sangre viva, el rayo de sus ojos y los torzales dorados de sus cabellos. Eliseo, por la primera vez tuvo la visión rápida y nítida de lo que pasaba en esta menaje real.

De repente, Christian II, volviéndose hácia el duque, que se

hallaba de pié contra la chimenea, con la cabeza baja, dijo:

—¡Rosen!

—¿Señor?

—Tú eres el único que puede decirnos ésto... ¿Dónde nos hallamos?... ¿Podemos subsistir aún?

El jefe de la casa hizo un gesto altanero.

—¡Ciertamente!

—¿Cuánto tiempo?... ¿Lo sabes tú?... próximamente.

—Cinco años; yo he hecho la cuenta.

—¿Sin privaciones para nadie?... ¿Sin que ninguno de los que amamos nosotros padezca ó sea perjudicado?...

—Tanto como eso, precisamente, señor.

—¿Estás seguro de ello?

—Seguro,—afirmó el viejo enderezando su talle inmenso.

—Entonces, está bien... Meraut, dadme vuestra carta... que la firme antes de salir. Despues, á media voz, al tomar la pluma de sus manos, le dijo:

—Mire usted á madama de Silvis... dijérase que va á cantar *Selva sombría*.

La marquesa, en efecto, al volver del jardín con el pequeño príncipe, respiraba en el salón una atmósfera de drama, y adornada con su toca de plumas verdes y de un *espencher* de veludillo, con la mano sobre el corazón, adoptaba bien la postura en *asserto*, sobrecogida y romántica de una cavatina de ópera.

Leída en pleno Parlamento, publicada en todos los diarios, la protesta fué aún, por consejo de Eliseo, autografiada y enviada á los campos por millares de ejemplares que el padre Alfeo llevaba en fardos, pasando por las aduanas bajo la etiqueta *objetos de piedad*, en unión de rosarios de olivo y de rosas de Jericó. La opinión realista recibió con esto un espolazo. La Dalmacia, sobre todo, donde la idea republicana no habia penetrado mucho, se conmovió al oír la elocuente palabra de su rey, vendida en el púlpito en muchas aldeas y distribuida por los monjes cuestadores de San Francisco, entreabriendo sus alfor-

jas á la puerta de los cercados y pagando los huevos y la manteca con un paquétito de aquellos impresos. Bien pronto, memoriales se cubrían de firmas y de esas cruces tan conmovedoras por su buen querer ignorante, y se organizaban peregrinaciones.

Convirtiése, con esto, la pequeña casa de Saint-Mandé, en arribo de pescadores, de esportilleros de Ragusa, con una capa negra sobre su rico traje musulmán, y de rústicos campesinos morlacos, todos calzados con el *opanké* de Zalea, anudado sobre el pié con tomizas. Bajaban por bandadas del tranvía, desde el cual los picos de las dalmáticas de color de escarlata, las fajas ó franjas, los chalecos con botones de metal, se destacaban ruidosamente entre la uniformidad del traje parisien, y atravesando el patio con paso firme, deteníanse despues en el vestíbulo, y se concertaban en voz baja, conmovidos, intimidados. Meraut, que asistía á todas estas presentaciones, se sentía removido hasta el fondo de las entrañas; la leyenda de su infancia revivía en estos entusiasmos venidos de tan lejos, y el viaje Frohsdorf de los burgueses del cercado de Rey, las privaciones, los preparativos de la partida, los desencantos no con-fesados al regresar, se volvían á la memoria, mientras que sufría con la actitud indiferente, obsediada de Christian, y con sus suspiros de desahogo al final de cada entrevista. En el fondo, el rey estaba furioso con estas visitas, que desbarataban sus placeres, sus hábitos, y le condenaban á pasar tardes tan largas en Saint-Mandé. A causa de la reina, acojía, sin embargo, con algunas frases vanas las protestas sofocadas por las lágrimas de todo este pobre pueblo, vengándose despues de su enojo con una burla cualquiera, picoteando con el lápiz sobre un extremo de la mesa con el espíritu de malvada mofa, marcada en el ángulo de sus lábios. Así habia un día caricaturado al síndico de los pescadores de Branizza, de ancha cara italiana, con mejillas colgantes, de ojos redondeados, atontada por el temblor y la alegría de la entrevista real, y con las lágrimas rodando hasta

la barba. La obra maestra circulaba por la mesa al otro día entre las risas y las exclamaciones de los convidados.

El duque mismo, en su desprecio hacía lo popular, llegaba á fruncir su viejo pico en señal de hilaridad enorme, y el dibujo pasaba á Eliseo, despues de atravesar por la estruendosa adulacion de Boscovich. Mirábale largamente, y lo devolvía sin decir nada á su vecino, y como el rey, desde el extremo de la mesa, le interpelase con su impertinente voz nasal, diciendo:

—Usted no se rie, Meraut... es sin embargo muy gentil mi síndico.

—No, mi señor, yo no puedo reir,—respondia Meraut tristemente;—este es el retrato de mi padre.

De allí á algun tiempo, Eliseo se halló testigo involuntario de una escena que acabó de esclarecer para él el carácter de Christian y sus relaciones con la reina. Era un domingo despues de misa. El pequeño hotel, con una apariencia de fiesta inusitada, abría de par en par su verja de la calle Herbillion, con toda la librea en pié y ordenada en línea en la antecámara de la gradeería verdeguante como un *serre*. La recepcion de aquel día era de las de más importancia. Aguardábase una diputacion realista de los miembros de la Dieta, la flor y nata del partido, que venia á hacer al rey homenaje de fidelidad, de abnegacion, y aconsejarse con él acerca de las medidas que se habian de tomar para una próxima restauracion. Un verdadero acontecimiento, esperado, anunciado, y cuya solemnidad se regocijaba con un magnífico sol de invierno que doraba y calentaba la vasta soledad del salón de recepcion, y el alto sillón del rey preparado como un trono, despertando en la sombra en chispas brotadoras los rubíes, los záfiro, los topacios de la corona.

Mientras que la casa se agitaba con un vaiven continuo, con un rozamiento de arrastres de vestidos de seda por los pisos mientras que el pequeño príncipe, dejándose poner sus largas medias rojas, su traje de terciopelo, su cuello de *quipure* de Venecia, repetía el discurso que se le habia hecho aprender hacia

ocho días; y que Rosen, muy encopetado, y recamado de placas, se enderezaba más derecho que nunca para introducir á los diputados. Eliseo, voluntariamente al abrigo de todo este aparato, solo en la galería de estudio, pensaba en las consecuencias de la próxima entrevista, y en un espejo, frecuente en su cerebro meridional, veía ya la triunfante vuelta de sus príncipes en Leybach, en medio de las salvas y repiques, con las calles alfombradas de flores, el rey y la reina, teniendo delante de sí, como una promesa para el pueblo, un porvenir que los ennoblecía aún, y los colocaba en el rango de antiguos jóvenes, su discípulo querido, el pequeño Zara, inteligente y grave, con esa gravedad de los niños que atraviesan una emoción demasiado grande para ellos. Y el resplandor de este hermoso domingo, la alegría de las campanas vibrantes á esta hora en el sol pleno del mediodía, se duplicaban para él con la esperanza de una fiesta donde el orgullo maternal de Federica extraviaría quizás hasta él, por cima de la cabeza del niño, una brava sonrisa de satisfaccion.

Sin embargo, sobre la arena, en el patio de honor donde se oían los timbres resonantes de la llegada, escuchaban el ruido sordo de las carrozas de gala que habian ido á buscar los diputados á su hotel. Crujian los portiers, amortiguábanse los pasos sobre las alfombras del vestibulo y del salón en un murmullo de palabras respetuosas. Despues hubo un largo silencio, con no poco asombro de Meraut, porque esperaba el discurso del rey, esforzándose con su voz gangosa. ¿Qué sucedía, pues, que hacía vacilar el órden previsto de la ceremonia?...

En este momento, rozándose con las paredes y las espaldas negruzcas del jardín frio y claro, aquel que creía en la pieza inmediata presidiendo la recepcion oficial, se le apareció, marchando con un paso rígido y embarazoso. Debía de haber vuelto por la puerta de escape oculta bajo las enredaderas de la avenida Daumesnil, y se adelantaba lentamente y con gran trabajo. Eliseo pensó primero en un duelo, en algun accidente, y poco despues el ruido de una caída en el piso superior, de una

caída que se hubiera dicho retenida en los muebles, en las colgaduras de la cámara, tal fué de larga y de pesada, acompañada de un fracaso de objetos en tierra, le confirmó en su idea. Subió precipitadamente á donde estaba el rey. La cámara de Christian, en semicírculo en el ala principal del castillo, estaba caliente y cadarzada como un nido, revestida de púrpura, ornada en las paredes de trofeos de armas antiguas, con divanes, muebles bajos, pieles de osos y de leones, entre este lujo muelle casi oriental; encerraba la originalidad de un pequeño lecho de campo sobre el cual se acostaba el rey por una tradición de familia, y ese puesto á la sencillez espartana que afecta conceder voluntariamente los millonarios y los soberanos.

La puerta estaba abierta.

Frente á Christian, de pié, puesto de codos en la pared, con el sombrero atrás sobre su cabeza descompuesta y pálida, su largo saco entreabierto, dejando ver sus ropas remangadas, la corbata blanca desanudada y la ancha pechera con roturas tiesas y manchadas, con todo ese estropeamiento de las ropas que marca la fatiga de la noche pasada y el desórden de la embriaguez, la reina se mantenía derecha, severa, con la voz rugiente y sorda, toda ella temblorosa del violento esfuerzo que hacía para contenerse.

—Es necesario... es necesario... venid,—decía.

Pero él, muy bajo, con el aire vergonzoso,

—No puedo... Bien ves que no puedo... Más tarde... lo prometo.

Después reunió algunas excusas, con una risa de bestia y una voz infantil... No era sólo lo que había bebido. ¡Oh! no, sino el aire, el frío al salir de la cena.

—Sí, sí... Lo sé... ¡Es igual... Es menester bajar... ¡Que os vean, que os vean solamente!... Yo, yo les hablaré... Yo sé lo que es necesario decir.

Y como permaneciese siempre inmóvil, mudo ya por un sueño que comenzaba sobre su faz horriblemente distendida, la cólera de Federica se exasperó.

—Pero comprended,—dijo—que en esto va nuestro destino... Christian, es tu corona, la corona de tu hijo lo que tú juegas en este momento... vamos, ven... yo te lo suplico, yo quiero.

Estaba entonces soberbia con su tan fuerte voluntad, cuyos eflúvios en sus ojos de agua marina magnetizaban visiblemente al rey. Le cogía con su mirada, probaba á afirmarlo, á enderezarlo, le ayudaba á desembarazarse de su sombrero, de sus holapandas, rellenas de los malos soplos de la embriaguez y del humo emborrachante de los cigarros. Irguióse un momento sobre sus piernas que le flaqueaban, y dió algunos pasos vacilantes, apoyando sus manos abrasadas sobre el mármol de las manos de la reina. Pero súbito, ella sintió que se le desmayaba, cejó ante este contacto morboso, y bruscamente le rechazó con violencia, con disgusto, dejándolo caer á todo lo largo sobre un diván; después, sin una mirada para esta masa vestida de trapo, inerte, ya roncando, abandonó la cámara y pasó por delante de Eliseo sin verle, tiesa, con los ojos medio cerrados, murmurando con una voz de sonámbula extraviada y dolorosa.

Alla fine sono stanca de fare i gesti de questo monarcuccio... (1).

(1) Al fin estoy cansada de hacer los gestos de este monarcucho